

CAPITULO XVII

CONSIDERACIONES SOBRE LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO

Si hemos logrado hacer comprender nuestra intención, nadie aguarda que deploramos, como es costumbre, la caída de la grandeza latina. Eso queda para los que fieles á reminiscencias de escuela, juzgan con el patriotismo de los Tulios y de los Catones. Por lo que hace á nosotros la historia nos presenta en esta catástrofe el derrumbamiento de una barrera opuesta al progreso; y la agonía en que languidece por espacio de diez siglos el imperio de Oriente, nos da la clave de lo que hubiera acontecido al imperio de Occidente, á haber seguido subsistiendo.

Tampoco atribuimos únicamente á los ataques de los bárbaros su caída. Después de haber comenzado desde el tiempo de Mario y de Augusto, le amenazaron durante cinco siglos sin destruirlo, agrupándose en tanto sobre las fronteras y estableciéndose en ellas hasta que las causas interiores no hicieron inevitable una catástrofe, de que la gran invasión fué ocasión solamente.

Fúndanse en el amor las sociedades modernas, y cuanto más se civilizan muestran mayor empeño por la paz, y hacen extensiva la igualdad á más crecido número de hombres, y en fin, á todos. Al revés, las sociedades antiguas no subsistían más que en virtud del odio, de la guerra, no cesando de excluirse recíprocamente de su privilegiada civilización. A esto se reducía el patriotismo, vida de los estados de la antigüedad. Un corto número de hombres asociados entre sí son libres en lo interior, aunque se hacen tiranos y enemigos de todo el que no pertenece á su agregación: de aquí la necesidad urgente de mantenerse de continuo sobre las armas para defenderse y ofender; de aquí la atención dedicada por los legisladores civiles y religiosos á conservar los usos y las instituciones que distinguían á su nación de todas las demás del mundo.

Sin embargo, no podían estorbar que las conquistas, las alianzas, las confederaciones, ensanchasen aquellas sociedades, anmentando el número de agregados y disminuyendo el de enemigos. Extendiéndose de este modo los privilegios á una porción más considerable de individuos, ganaban en ello la civilización y la justicia; pero la sociedad estaba minada por su base. Dilatándose demasiado se enervaba el patriotismo, y si sobrevivía un pueblo, que le hubiera conservado en su primitiva energía, de parte de aquel pueblo estaba la ventaja.

A consecuencia de las conquistas de Alejandro rompió Grecia los confines de su ciudad y decayó. En este segundo período se encontraban los pelagos, los etruscos, y los demás pueblos entorno del Mediterráneo, cuando Roma, ciudad patriótica y belicosa por excelencia, cargó sobre ellos y los dobló á su yugo.

¿Qué obstáculo podía oponer el mundo á su impetu, al austero rigor de sus patricios? Antes de que el genio oriental de las conquistas pasara á Europa, se hallaban poco más ó menos á un mismo nivel de civilización los pueblos de esta última comarca, dedicados á la agricultura; y divididos en pequeñas poblaciones según los territorios, se hacían amenudo guerras de poca importancia, si bien eran propias para alimentar el denuedo: tenían muchas ciudades sin que ninguna dominase sobre las demás, y no se unían más que para intereses perentorios. Ignoraban todos los refinamientos sociales, si bien poseían la libertad, carácter que los distinguía de los asiáticos. En los grandes imperios orientales desaparecía ó era sacrificado el individuo; en Europa, la subdivisión producía aquellas luchas en que el hombre desarrolla y ejerce libremente sus fuerzas.

Semejante estado de cosas fué favorecido por la

naturaleza, que había cortado el terreno con ríos y montañas, y por las colonias que, compuestas de desterrados ó de ciudadanos, trasplantaban ó conquistaban pronto la libertad.

Bajo este aspecto se ofrece á nuestros ojos la Grecia con sus pueblos de origen y de constitución diferentes, si bien unidos por la comunidad del lenguaje. Una vez asociados para repeler á los persas se dividen luego en dos Estados principales, uno aristocrático y otro democrático. De aquí nacieron rivalidades de reconciliación imposible, y guerras en que ambos se enervaban. Alejandro hubiera podido elevar á un eminente grado de grandeza á aquella nación reunida, si se hubiera conservado fiel al patriotismo, y si arrastrado su genio por una imaginación oriental no le hubiera empujado hacia el Asia más bien que hacia Europa.

Grecia se había resignado por fuerza á la unidad, y muerto aquél, todo se descompone: multiplicanse los ejércitos, las ligas y las batallas: no se intenta nada grande ni generoso: cálculos mezquinos de equilibrio político con el pensamiento de consolidar la paz engendran guerras sin fin, que traen la disolución general por resultado.

Roma se aprovecha de todas estas circunstancias. También Roma es una mezcla de diferentes naciones, y se ve en la imprescindible necesidad de sostenerse con la guerra en medio de las diversas poblaciones de la Italia. Cuando la expulsión de los Tarquinos hubo suspendido el gran trabajo de asimilación inaugurado por los reyes, y la oligarquía se consolidó, la plebe, raza vencida, padeció bajo aquella una opresión horrible, si bien menos dócil á la tiranía de lo que se habían mostrado los pueblos de Asia, se agitaba, y pedía pan y derechos. Para apaciguarla tuvieronla ocupada los patricios en perpetuas guerras en que ellos encontraban la infalible ventaja de enriquecerse á consecuencia de la victoria, ó, en su defecto, de refrenar con la derrota las pretensiones de aquellos á quienes tiranizaban.

De consiguiente por la guerra se alcanzaban los honores en Roma; también en virtud de la guerra se aumentaba el número de ciudadanos y para ella se les educaba: especialmente de la guerra se ocupaban las sesiones del pueblo y las del Senado, de donde salían los capitanes encargados de ejecutar sobre el campo de batalla lo que había sido acordado en las deliberaciones del consejo.

Cuando el espíritu marcial se asocia de esta suerte á todos los elementos de la ciudad y comunica animación á las asambleas deliberantes, ya no es posible que cese la guerra, deseándola todos como ejercicio de su profesión, como camino de honores, de riquezas y de preponderancia. No es el ardor de estos hijos de Marte el de un Alejandro, ó el de un Gengis-kan, que en la muerte del conquistador deja á los pueblos una esperanza; es el ardor de un héroe inmortal, cuya alma se perpetúa en una sucesión no interrumpida de insignes capitanes.

Después de que Roma ha avasallado la península con el influjo de sus armas, se encuentra frente á frente de Cartago: se hace gigante en la resistencia, irresistible en la victoria y pone término á aquel miserable juego de equilibrio, arrojando su espada en la balanza, y constituyéndose por medio de su política astuta en apoyo del débil contra el fuerte para avasallar al uno y al otro.

¡Ay de los vencidos! Otros pueblos civilizados conquistan sin destruir: Dario y Jerjes dejaban á las colonias del Euxino y de la Propóntide comerciar y gobernarse libremente. Alejandro favorece la prosperidad de la Persia, y aún fomenta la de Egipto: si destruye á Tiro es para levantar en sus inmediaciones una ciudad destinada á eclipsar su esplendor completamente; los reyes del Ponto, que sometieron á muchas colonias en rededor de sus Estados, jamás les arrebataron sus leyes; antes bien sus afanes propendieron de continuo á ensanchar su comercio y á aumentar su riqueza, convirtiendo estas ventajas en un instrumento de poderío.

Al revés, Roma extingue todo carácter nacional: donde quiera que penetra da al traste con las antiguas grandezas y largos siglos de industria. La opulenta Corinto, Cartago, la reina de los mares; Rodas la esposa del Sol, son inmoladas ante aquella envidiosa conquistadora. Pierden su prosperidad las ciudades mercantiles del mar Egeo: mueren las espléndidas ciudades de la Grecia: el comercio, alma y vida de los pueblos que habitan en torno de los mares interiores, espira á impulsos de los abrazos de la dominadora, que lo sofoca poco á poco, sancionando con las leyes la opinión que califica de deshonor el comercio y el trabajo, y también con el feroz derecho del patriciado, que considera como enemigos á los pueblos neutrales, y como buena presa los bienes y los individuos de que se apodera en todo país que no figura entre el número de sus aliados.

Si tal vez Roma dejó á algunas de las ciudades conquistadas en la Italia y en la Grecia, una sombra de libertad, y nada más que una sombra (1), declaró una guerra de exterminio á la Galia, á la España y al resto de Europa: irrecusable prueba es la extensión que tomaron las colonias primeras y las que, reforzadas con los que emigraban á causa de las turbulencias de la metrópoli, hasta llegaron á alterar el idioma de los vencidos. Las otras, excepto el escaso número de aquellos que obtenían en ciertos países el goce mas ó menos lato del derecho político ó civil de los romanos ó de los latinos, quedaban expuestas á las calumnias de los jueces, á las extorsiones de los legistas, á la tiranía de los nobles, á la rapacidad de los procón-

(1) *Majores nostri Capua magistratus senatum communem... sustulerunt, neque aliud nisi inane nomen reliquerunt.*

sules, que, renovados de año en año, no daban tregua alguna á las vejaciones. Salustio denominaba implacable é intolerable á la dominación romana (2). Tácito narra que, para acallar las quejas de las provincias se las despoblaba (3). Tito Livio, que en su entusiasmo lírico, parece deslumbrado por la grandeza de su patria, se indigna sinceramente cuando un pueblo osa defender contra ella su libertad y su vida, y confiesa que allí donde existe un republicano se desvanece todo derecho y no queda libertad ninguna (4). Y Mitridates podía exclamar con justicia: *¡Me espera como á su libertador toda el Asia!*

Tan luego como el gobierno republicano hubo aniquilado de esta suerte á las naciones, vino el gobierno imperial para aniquilar hasta los individuos, no apreciando ya al ciudadano sino en razón de lo que ayudaba al Estado, y aislando el interés particular del interés general por este medio. Salvo el corto número de los que esperaban tomar parte en el gobierno, todos los demás solamente conocían al Estado por las opresiones y por los impuestos. Así las provincias, en vez de aumentar la fuerza de Roma, contribuían á debilitarla, puesto que ellas la miraban como á una enemiga, y no veían eventualidad propicia á la reconquista de su libertad más que en el abatimiento y en la servidumbre de la ciudad que les abrumaba con su tiranía.

Roma reparaba las pérdidas que le causaban las conquistas absorbiendo la flor y nata de los países avasallados. Aquella constitución admirable que, nacida con la ciudad, contrariada durante algún tiempo por la república aristocrática, sostenida por los tribunos, por los Gracos, por Mario, y todavía más por el poderoso genio de César, hizo que Roma llegara á ser soberana del mundo por algún tiempo, acabó últimamente por minar los cimientos de su grandeza y poderío. En Roma republicana era una religión la patria: su engrandecimiento era el objeto supremo de la acción pública y privada; á trueque de lograr este fin no influían para nada la compasión, la virtud, el oro, la vida: no se aceptaba la paz sino después de la victoria; y surgían aquellos héroes que causan el asombro y la admiración de todo el que, curándose muy poco de la humanidad, se fija únicamente en la gloria. Repartíase el botín de las provincias conquistadas entre los soldados, el territorio entre los ciudadanos, los cuales formaban de este modo una barrera contra el enemigo, y difundiendo entre los vencidos el temor de Roma, así como el respeto hacia sus instituciones, le preparaban nuevos triunfos.

Pero á medida que la ciudad se extendía á lo

lejos, iba en disminución el amor que se le consagraba; y la pena del destierro, terrible para el romano cuando, en los antiguos días, le confinaba á Fidene ó á Ardea, pareció tan débil en tiempo de César, que hubo necesidad de agravarla con la confiscación de bienes.

Cuando las conquistas lejanas obligaron á prorrogar los mandos, fácilmente contrajeron los generales la costumbre de disponer á su antojo en las provincias esclavas: habituados los ejércitos á la obediencia ciega respecto de los jefes, que les guiaban á la victoria, vinieron á ser en sus manos instrumentos hasta para combatir á la misma patria. Mario y Sila se sirvieron de ellos para convertirse en sanguinarios tiranos; César para derribar á la aristocracia, y Augusto para descargar sobre la república el golpe de gracia.

Entonces la constitución se altera, no tanto porque haya tomado el título de emperador el dictador de la nobleza ó el tribuno de la plebe, como porque vienen á faltar las conquistas, que hasta entonces habían sido el alimento de Roma. Ya no las reclama la ambición privada desde que recaen en el soberano del imperio toda la ventaja y toda la gloria; ni el Senado, que ya no necesita de victorias para distraer ó para engañar al pueblo; ni la precisión de adquirir en el rudo aprendizaje de los campamentos las dignidades, que ya entonces se ganan solo con hacer la corte al jefe del Estado. Hasta los mismos emperadores se cuidan muy poco de ellas, mostrándose más anhelantes de disfrutar de las pomposas dulzuras de su categoría que de ensanchar una dominación ya sobrado extensa.

A fin de quitar todo obstáculo que se oponga á su preponderancia y de llenar las arcas del tesoro, aquellos monarcas dedican todos sus afanes á amortiguar el sentimiento exclusivo del amor de la patria, y á extender á mayor número de súbditos los derechos de ciudadano. El gobierno de Roma era el de un municipio, en el cual, patricios, pueblo, caballeros, Senado, cónsules y tribunos, se equilibraban del modo más á propósito para producir una organización civil excelente. Pero ésta dejó de ser conveniente, cuando en la ciudad tan extensa como el mundo, no pudieron ya ponerse de acuerdo elementos tan heterogéneos. Otras Romas obtuvieron la forma de la ciudad madre, si bien no quedó de la primitiva más que una sombra. Vanamente fué abierta á toda la Italia y después al mundo entero: esto no engendró una verdadera clase de ciudadanos, una nobleza de todo el imperio que diese garantías de libertad al pueblo, de duración al gobierno, de eficacia á la administración. Todo dependía del capricho de uno solo y éste dependía á su vez del capricho del ejército; de donde resultó que no fué menos tempestuosa que la república la monarquía. Tenía las apariencias de una unidad inmensa, si bien en el interior nada se hallaba sólidamente establecido. Razas, idiomas, creencias, instituciones, designios

todo era esencialmente diverso: un pueblo era desconocido de otro: no se hallaban abiertas comunicaciones más que entre las capitales, es decir, entre las diferentes residencias de los ciudadanos de Roma; por lo demás en todas partes se encontraban recíprocas antipatías entre vencedores y vencidos, un antagonismo que, no teniendo nada de legal, desorganizaba el Estado, sin oponer freno alguno á los dominadores.

Si César, verdadero fundador de la autocracia, hubiera podido poner en planta sus vastos designios, que consistían en consolidar la unidad del imperio, en hacer extensivos los derechos de ciudadanía á las provincias, en herir en el corazón á la aristocracia ensanchando de continuo el cuerpo del Senado, agregándole gente siempre nueva, hubiera podido constituir un gobierno bien combinado, en que las distintas fuerzas se hubieran dirigido constantemente hácia un determinado y exclusivo objeto: y aquella confusión de latinos, de italianos, de nuevos latinos, de municipios, de colonos, de provinciales, se hubiera convertido probablemente en un gran conjunto, en pro de la libertad nacional y de la civilización del mundo. Pero Augusto con la estrechez de su espíritu y dureza de corazón, no tuvo capacidad ni generosidad para poner límites á su voluntad ni á la de sus sucesores.

Y estos pudieron cuanto quisieron, de suerte que quisieron lo peor. Vinieron á ser de todo punto imposibles las asambleas del pueblo desde que el mundo entero fué admitido en ellas. Como el Senado hubiera podido interponer alguna barrera, concordaron todos los emperadores, buenos ó malos, débiles ó resueltos, en la idea de diezmarle y de envilecerle. De aquí provino una tiranía desenfrenada, que apareció mucho más monstruosa en razón de que el poder ejecutivo no se hallaba separado del poder legislativo como entre los modernos, sino que los principes administraban justicia, y aplicaban las penas decretadas por ellos mismos. Había enseñado la antigua república de los patricios artificios y establecido leyes para desembarazarse de todo el que contrariara sus miras: de consiguiente los emperadores pudieron valerse de ellas en interés de su venganza ó para satisfacer la codicia de sus favoritos.

Efecto de su bondad particular fué, sin duda, si algunos no abusaron de un poder legal é ilimitado. Con efecto, ¿hemos visto acaso censurar nunca por haber violado la ley á aquellos monstruos que se sucedieron en el trono de Augusto? Consiste en que la ley no restringía su voluntad en nada: ellos eran pontífices supremos de la religión; la moral era solamente asunto de discusión en las escuelas, y era ineficaz contra la férrea palabra de la ley.

Con tales medios se obtiene la autoridad soberana, pero no se consolida, y cuando el poder es la norma del derecho, la fuerza se convierte en árbitra de todo. Y así sucedió. Pero la fuerza que creaba los monarcas, los derribaba también. Obli-

gados los emperadores á mantenerse armados, no contra los enemigos exteriores, sino contra sus súbditos, aumentaron en gran manera el poder de los pretorianos, y estos usurparon la facultad de elegir los emperadores y de entrometerse en el gobierno civil del imperio. Cuando Cómodo redujo á la nada las últimas apariencias de libertad que le quedaban al pueblo y al Senado, colocando al prefecto del pretorio al lado del trono, se estableció el verdadero despotismo. Apoderáronse los pretorianos de los bienes de los demás, sin tomarse siquiera la molestia de disimular la usurpación con las fórmulas. Envilecieron al Senado introduciendo en el toda escoria, con tal de que se les pagara: vendieron los decretos: nombraron hasta veinte y cinco cónsules en un año: á mayor abundamiento sacaron el imperio á pública subasta, y se le adjudicaron al que llegó á ofrecer la más crecida suma.

Lo que los pretorianos hicieron dentro de la ciudad, los ejércitos pretendieron hacerlo fuera, y confirieron el trono á aquel á quien se sentían más dispuestos á prestar ayuda. Después de Maximino tuvieron principio las luchas en materia de elección entre el ejército y el Senado; y como siempre preponderaba la soldadesca, elegía emperadores de diferentes naciones. De esta suerte en vez de dictar Roma leyes á los extranjeros, las recibió de ellos, y de día en día fué estinguéndose el patriotismo entre jefes no nacionales y súbditos envilecidos. Posteriormente, aspirando cada uno de los ejércitos á igual derecho, resultaron elecciones dobles y triples, y guerras civiles, en las cuales se consumieron las fuerzas que hubieran hecho falta para combatir á los bárbaros, y quedaron desguarnecidas las fronteras cuando urgía atender á su defensa más que nunca.

En el trascurso de los ciento sesenta años que comprende la *Historia Augusta*, llevaron el título de emperador setenta personas, y es imposible distinguir de otra manera que por el éxito al soberano legítimo del usurpador en medio de los continuos vaivenes del imperio. ¿Había posibilidad de que se dirigieran monarquías efímeras con sujeción á una política uniforme? Cada recién venido introducía en el gobierno alguna cosa personal, y se complacía en observar una conducta diametralmente opuesta á la de su antecesor, sin que ninguno prosiguiera un gran designio ni tuviera tiempo de efectuarlo.

¿Podían los ciudadanos amar semejante patria? Segregados del servicio militar por desconfianza, excluidos por la constitución de los públicos debates, siendo considerada la industria como deshonrosa; ¿qué les quedaba á pobres y á ricos? Yacer en la holgazanería ó exhalar su turbulenta energía en las facciones del circo ó en los excesos del lujo. Era seguida la escuela estoica por las gentes menos corrompidas, y consiste su gloria en haber producido al sabio Nerva, al glorioso Trajano, al valiente Adriano, al virtuoso Antonino; pero con más

(2) *Imperium ex justissimo et optimo, crudele intolerandumque factum.*

(3) *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.*

(4) Lib. XVIII, 18.

frecuencia, aislando al hombre, á quien hacia mirar la apatía como el colmo de la ventura, no producía mejoras sociales y no mostraba en las acciones sino egoísmo y arrogancia. Las doctrinas de Epicuro, que el inhumano patriotismo de Fabricio había deseado á los enemigos de Roma, prevalecieron rompiendo en las almas el freno que aun podía imponerles el temor de los dioses: entonces dirigieron los romanos á los deleites toda la energía de que estaban dotados: á trueque de proporcionarles los parecieron medios lícitos la corrupcion, el perjurio, el falso testimonio y el latrocinio descubierto.

Todavía desplegaron una vez algun vigor los romanos, y fué para rechazar la ley Papia-Poppea, que reprimía el libertinaje. El amor á los espectáculos rayaba en delirio. «Si saben, dice Amiano Marcelino, que llegan de un lugar cualquiera aurigas ó corceles, se agrupan entorno del noticiero, del mismo modo que sus mayores fijaban sus atónitos ojos en los hijos de Leda, mensajeros de la victoria. Pasa su vida la plebe en el juego, en la embriaguez, en los lupanares y en los espectáculos. Es el circo Máximo el centro de su esperanza, su templo, su habitacion, su parlamento. Amontónase el pueblo en el foro, en las esquinas y en las plazas, y el que goza de más crédito discurre por las calles vociferando que el Estado está perdido, si en las próximas carreras tal auriga, protegido suyo, no es el primero que se lanza á la carrera y dá vuelta al circo. No bien asoma el alba, el día de los juegos ecuestres, antes que el sol muestre su espléndida faz, cuando cada uno corre precipitadamente, superando su velocidad á los carros próximos á entrar en la liza, muchos hasta velan toda la noche por el temor de que toque la peor parte á su facción favorita.» (5)

Hemos visto á los ciudadanos de Tesalónica asistir al teatro echando en olvido cuando tenían que temer de la cólera de Teodosio: y poseídos por aquel placer dejarse degollar. San Agustín y Orosio refieren que los romanos refugiados á Cartago para libertarse de Alarico, pasaban todo el día en los teatros; para ellos todo desastre era cual no acontecido si había quedado incólume el circo; acaecía cual si la cuchilla de los godos no hubiera caído sobre Roma tan luego como sus ciudadanos podían disfrutar nuevamente de los juegos del anfiteatro (6). De aquí la frase feliz de Salviano: *El pueblo muere y se ríe* (7). ¡Tan grande era la indiferencia respecto de los males de la patria!

Echa en cara el mismo Salviano semejante manía á los moradores de Tréveris, que apenas libres del azote de los bárbaros, imploraban á los emperadores los juegos del circo como un remedio suficiente á los males que habían padecido. «¡Infeli-

(5) Libro XXVIII.

(6) SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei*, I 32; OROSIO, lib. I, 6.

(7) *De provid.*

ces! ¿Dónde hareis que sean celebrados? ¿Sobre las cenizas y sobre las osamentas de vuestros conciudadanos? Todos lloran, y vosotros trasportados de un júbilo criminal en el seno del pecado, provocais á Dios é irritais su cólera con detestables supersticiones.»

El libro de este escritor elocuente da testimonio de la corrupcion, ó más bien de la falta de costumbres de la sociedad antigua, y de cómo hasta los mismos cristianos habían degenerado de la pureza primitiva. Decuriones y senadores á fuerza de herencias y de usurpaciones sucediendo á una infinidad de familias, reducidas á la mendicidad ó á la servidumbre, habían invadido provincias enteras, y considerándose como centro de un pequeño mundo, no hacían de todo lo demás ningun caso. Poseían los hijos del moro Nabal las costas africanas del Mediterráneo en una estension de treinta grados: seis ciudadanos poseían toda el Africa proconsular; Macrino, al ser elegido emperador, podía con sus rentas satisfacer los gastos del Estado; y si es cierto lo que dice Olimpiodoro, muchas familias, y no de las más principales, disfrutaban una renta de mil quinientas libras de oro, que hoy serian unos cinco millones de pesetas. Si los godos se apoderaban de los campos de uno de aquellos millonarios en la Tracia, le quedaban otros en España: si los borgoñones prendían fuego á sus cosechas en la Galia, continuaban produciéndoles nuevos tesoros sus olivares en Siria. De aquí la maravillosa imprevision de unos hombres alegres al borde del sepulcro; de aquí los prepotentes abusos. Efectivamente, ¿qué magistrado podía intimar obediencia al poseedor de provincias enteras?

La economía y la prevision son patrimonio de la clase media: en ella el deseo de conservar y mejorar la condicion propia mantiene esta ascension progresiva que constituye la vida, y produce las mejoras de nuestra sociedad. Este anhelo nutre las virtudes domésticas, el espíritu de asociacion, el sentimiento de la igualdad, que es la base de la justicia. El que se ha engrandecido padeciendo y gozando con sus semejantes, mezclándose á sus intereses y á sus pasiones, no se aísla á semejanza del hombre opulento, ni se abandona á la desesperacion á semejanza del indigente, sino que busca en el bien comun su propia ventaja; ama á la patria; porque vé que del bien comun dependen su prosperidad ó su decadencia. De esto resulta que conserva los recuerdos que reaniman el valor y alimentan la esperanza.

Condicion de las personas.—Esta clase útil había desaparecido en el imperio, compuesto de propietarios de una colosal fortuna y de mendigos, entre los cuales había un abismo. Encierran las grandes ciudades una mezcla de artesanos y de libertos, viviendo del escaso tráfico que el monopolio imperial les deja, ó empleándose en alimentar el lujo y la voluptuosidad de los señores. Por lo demás, es una muchedumbre pobre y menospreciada, inquieta y revoltosa, amenazadora y tímida. Ya no se

agita como en los tiempos de los Coriolanos por sus propios derechos ó por los intereses de la patria, sino por pan y por juegos, para pedir que los cristianos sean arrojados á las fieras, para sostener por dinero las intrigas de eunucos y favoritos que se enriquecen desmesuradamente en pocos años, vendiendo las mercedes del monarca.

En las provincias, la nobleza imperial, en la que recaían las altas magistraturas, se asemejaba á la de Roma, y propagaba á lo lejos la corrupcion de la metrópoli: investida la nobleza local con los honores municipales, aspiraba á amoldarse al ejemplo ajeno.

La comunidad de la ciudadanía romana fué acumulando en poder de un número cada vez menor las riquezas itálicas; y en breve los campos y las ciudades se despoblaron, para ir sus habitantes á gozar y á pretender á Roma. Allí debían vivir en el ocio, y por esto, en vez de grano se distribuía pan y carne, ropas hechas y dinero, todo á espensas de las provincias. De tal modo estaban gravadas las corporaciones de artesanos, que no comprenderíamos como se conservaron, si no supiésemos que los emperadores podían obligar á cualquiera á entrar en ellas, y que una vez entrados no se podía salir más, y al que se ausentase, se le volvía como desertor. A la Italia esta participacion de la ciudadanía romana no hizo más que despoblarla, llevando á Roma á todos los señores y desocupados; tampoco aprovechó á los provinciales no produciendo otra cosa que tener un consejo municipal compuesto de ciudadanos que gozaban de cierta renta y cuya principal atribucion era exigir los impuestos. Siendo todos ciudadanos romanos, creció el número de los ociosos á quienes debía mantener el tesoro, el cual aumentaba de este modo sus necesidades á medida que disminuieron sus ingresos.

Campesinos.—Los aldeanos, porcion tan numerosa y tan vital de la poblacion moderna, se dividían en colonos libres y esclavos, distintos en el nombre más bien que de hecho, y muy poco superiores á los animales que les ayudaban en sus trabajos. Distantes de allí los amos, propietarios de inmensos dominios, delegaban su autoridad en algun esclavo ó liberto predilecto, el cual ejercía sobre los colonos el orgulloso y cruel despotismo del siervo que manda. Muy lejos de inspirar á aquellos infelices el patriotismo ó instruir su valor, sus amos les tenían ignorantes y desarmados por temor de que algun día emplearan su mente y sus brazos contra la tiranía. No quedaba espedito al colono ningun medio legal para dirigir sus quejas á su amo, ni para formularlas en contra suya: agravado con un cánón siempre en aumento, contraía deudas; cuando había llegado á su colmo la opresion, apelaba á la fuga, abandonando casa, campos, familia, para ingresar en el servicio de otro y volver á empezar con él una serie de padecimientos inevitables, á menos que su primer amo le reclamara recurriendo á los procedimientos sumarios por la ley establecidos.

Esclavos.—Si alguna cosa puede compensar la pérdida de la libertad, la suerte de los cultivadores esclavos era preferible á la de los colonos, porque á lo menos aquellos eran sustentados por sus amos siempre deseosos de conservar semejantes máquinas animadas. Sin embargo, las fatigas, y dureza de los mayordomos les consumían y no pudiéndose ya llenar los huecos con las victorias, era preciso comprarlos á los bárbaros vencedores, ó entre los que por castigo carecían de libertad. Estos, que no sabían soportar una opresion en que no habían nacido, no permanecían tranquilos sino bajo el látigo y las cadenas; á la primera ocasion se escapaban, y desprovistos de recursos, se entregaban á la vagancia, ó bien, poniéndose de acuerdo, degollaban á sus amos, y se metían en los bosques con el nombre de bagaudes, de limigantes, ó bajo otro cualquiera, para vivir allí de robos á mano armada, como los negros cimarrones en las colonias americanas. Salviano se inclina á justificar sus rebeliones. ¿Cómo, dice, osamos llamar rebeldes y criminales á aquellos á quienes nosotros mismos empujamos al crimen?

No esperando ya aquellos miserables nada de los romanos, halagaban á los bárbaros, aprendían su idioma, les servían de guías é insultaban los desastres del pueblo, después que se habían libertado de sus cadenas (8); ó bien lanzándose fuera de sus guaridas, caían sobre los cultivadores, acrecentando más y más sus miserias. Si el propietario atacado ó amenazado era algun senador opulento, podía requerir la fuerza publica, á la par que el pequeño propietario se hallaba espuesto sin defensa alguna al peligro, vedándole las leyes el uso de las armas (9).

No le quedaba, pues, más arbitrio que vender su pequeño campo á algun vecino henchido de riquezas ó dejarlo baldío, dado que no se lo arrebatará el fisco en pago de las ominosas contribuciones porque aquella llaga de la fiscalizacion, ya indicada, se había gangrenado á consecuencia de una porcion de vejaciones imaginadas por la refinada avaricia de los emperadores, y con servidumbres inventadas para encadenar á las personas y á las propiedades. Hallábanse sujetos los esclavos al amo, los colonos al terruño, los artesanos al oficio; los decuriones al municipio con sus personas, sus bienes, sus hijos, su herencia y su amor (10). Un gobierno ajeno al arte de reproducir las riquezas

(8) SIDONIO APOL., *Ep.* V, 5. Dice de Escronato: *Exultans Gothis, insultansque Romanis, leges theodosianas calcans, theodoricanasque proponens... Barbaris provincias propinans*, VII, 7.

(9) *Nulli prorsus, nobis insciis atque inconsultis, quorumlibet armorum movendorum copia tribnatur.* Ley de Valentiniano de 364. *Cod. Teod.* XV, 15, l. 1.

(10) *Filia curialis, si genitilis soli amore neglecto, in alia voluerit nubere civitate, quartam mox omnium facultatum suarum ordini conferat, a quo se alienari desiderat.* *Novel. Major*, t. IV.

que consumía cuando se acabaron las conquistas, único manantial de donde las sacaba, tuvo que esplotar á sus súbditos con una tiranía que se extendía hasta las más pequeñas particularidades. A medida que declina el imperio, van disminuyendo las ventajas eventuales que su poder proporcionaba á las provincias; y cada vez más avariento de hombres y de dinero, pide tanto más á los súbditos, cuanto menos se ocupa de su bienestar.

Pero si los súbditos, á quienes de nada aprovechan aquellos impuestos, no los pagan, se manda que los paguen los decuriones. Abandonan las tierras; pues bien, se obliga á que las compren á los demás propietarios. Los decuriones, aborrecidos porque se han convertido en opresores, llenos de encono porque á su vez son tiranizados, se sustraen á sus funciones municipales; pues bien, se les sujeta á ellas por la fuerza; son conferidas además á los bastardos, á los judíos, á los sacerdotes indignos, á los desertores.

De esta suerte «el título de ciudadano romano, antes estimado y adquirido á enorme precio, se eludía y repudiaba ahora como infame:» el sistema de los municipios, que dió á Italia dos épocas de grandeza, se había convertido á causa de la codicia del fisco y de la odiosa arbitrariedad de los exatores en un sistema de más vasta é inmediata opresión. Toda aquella multitud que afluyó á Roma, se trasladó á Constantinopla cuando la corte fué llevada allí, buscando el pan y los placeres, dejando á la Italia despoblada, sus campos desiertos; y las ciudades, sin bienes raíces, sin jefes, ni siquiera eran capaces de su propia defensa.

Y digo de la defensa propia, no para la del Estado, porque ¿cómo habían de cuidarse de sus peligros, cuando á él no las unía más que el triste lazo del impuesto? Menos penoso era el método de exacción, tan sencillo como arbitrario, de los bárbaros, que aquel lento chupar de un gobierno corrompido, en que los andrajos de una libertad destronada se mezclaban con los horrores de una servidumbre efectiva. Millares de esclavos esperaban con ansia la hora de ver humillados á sus soberbios amos, y de lanzar á su rostro las cadenas que hasta entonces habían llevado. Sometidos los aldeanos á enorme capitación é intolerables servicios corporales, ofrecían sus brazos á cualquiera que les otorgara algún alivio, ó á lo menos un cambio de males. Agitábanse los ciudadanos para desprenderse de aquella inmensa red de tiranía que en volvía al mundo entero, desde el emperador hasta el último esclavo.

¿Cómo despertar el patriotismo en esa gente? Y faltando este recurso ¿á qué resorte se podía apelar para imprimir movimiento á la sociedad antigua?

Religion.—Ya decaía la religion nacional á fines de la república, y cuantos esfuerzos hizo Augusto para restaurar su brillo como elemento de orden fueron impotentes. Una religion fundada en la creencia de un solo Dios, aun cuando se estravie,

puede volver á sus verdaderos principios, teniendo firme punto de partida. Careciendo la religion latina de una base sólida y única, sin moralidad íntima, en contradicción con la razon y con las necesidades espirituales del tiempo, no podía volver á restaurarse apenas se descompusiese el edificio. Intentaron los Antoninos purificarla introduciendo en ella la filosofia estoica, que produjo en efecto príncipes ilustres y enérgicos magistrados; pero la doctrina de esta escuela, además de sus defectos interiores, jamás podía llegar á ser popular como conviene que una religion lo sea.

Efectos del cristianismo.—Reaccion enérgica y saludable contra la sensualidad producía el cristianismo: las virtudes cívicas y las privadas estaban refugiadas en el santuario; y el clero se encontraba por la ley romana, libre de tributos y de las tan odiosas cargas curiales y por la ley cristiana le estaba vedado embrutecerse en el ocio y en las orgías; y á la par le enseñaba á vender sus propios bienes para hacer caridad, prometía el paraíso á los pobres y á los que sufren. Pero, lejos de defender al mundo antiguo, tanto los rígidos solitarios del desierto como los sacerdotes de las ciudades, invocaban un mundo nuevo; porque decir que una sociedad se disuelve, equivale á sostener que cobija otra sociedad en su seno, y que su fermentacion descompone los elementos de la antigua para que entren en nuevas combinaciones: no de otro modo se menea y cae el diente del niño, cuando lo empuja otro más vigoroso que quiere hacerse lugar en la encia. Esta operacion no puede consumarse sin malestar y padecimiento del cuerpo todo; y sucedió lo mismo con el imperio. Aunque vital y santa la nueva doctrina, para insinuarse tuvo que descomponer el orden subsistente en la apariencia, si bien totalmente roído por su base. La unidad, carácter ó deseo de la política romana, pereció cuando se dividió en dos, haciéndose de este modo hostiles los intereses de esta, ó sea la patria y el cristianismo; por lo que no pudiendo resistir el nuevo desarrollo, se aniquiló.

Primeramente declararon los emperadores la guerra á una multitud siempre creciente de súbditos reducidos por ellos á considerar como enemigo á un gobierno que aspiraba á poner trabas con el auxilio de medidas implacables á la religion, cosa la más libre que existe en el mundo. Cuanto más les hollaba con su planta aquel gobierno, tanto más se aislaban de su influjo, uniéndose entre ellos. «Si se vive (dice Orígenes contra Celso) bajo un gobierno inicuo, y no hay manera de sustraerse emigrando, resulta que los que se encuentran unidos por un mismo interés espiritual se agrupan entre ellos con el fin de atender á la defensa de este interés contra las leyes existentes. De esta suerte fué como los cristianos se aliaron bajo un imperio pagano, cuya constitucion es más insensata que la de los escitas; pero teniendo su union por objeto la verdad, aun cuando fuera contraria á las leyes, no lo es al derecho moral ni á la razon.» De con-

siguiente desobedecían é iba debilitándose cada vez más la disciplina: todo magistrado honrado se veía en la necesidad de sostener una penosísima lucha entre la legalidad y su conciencia. Dentro de la misma ciudad, bajo un mismo techo figuraba el uno como enemigo del otro, y de día en día se relajaban los vínculos de la sociedad y de la familia.

Al cabo triunfó la verdad, si bien fueron numerosos aquellos que se obstinaron en las antiguas creencias, y cada nueva revolucion religiosa acarrea grave perjuicio al Estado. Ya enarbolará el lábaro el emperador Constantino, ya volviera á abrir Juliano los templos de los dioses, ya diese otra vez el triunfo á la cruz Joviano, quedaba privado irremisiblemente el imperio del brazo ó de las luces de aquellos á quienes su conciencia no permitía de ningún modo servir á quien fuese de diferente culto, hasta cuando no eran rechazados por la intolerancia.

Atormentada tan pronto por las heregias la Iglesia no pudo dedicarse únicamente á reformar las costumbres mediante las leyes civiles. El triunfo de la teología preocupó á los grandes escritores: de lo que no debe culparse á la política de la Iglesia, porque si la moral era la consecuencia, la premisa era el dogma; y sin este la moral hubiera sucumbido en el choque con la barbarie, porque de la filosofia sola no hubiera podido salir una civilizacion duradera.

Que sin embargo la moral y su práctica en las leyes civiles no se había descuidado, lo manifiestan todos los discursos de los Padres; y mientras los campeones asentaban sólidamente la verdad, era difundida la moral por una multitud de sacerdotes y monges. Pero sus mismos lamentos revelan cuanto se veía oprimida por las antiguas costumbres.

Si causa estrañeza la circunstancia de que una fé que supo impeler á tan generosos esfuerzos, poco ó nada influyera en la cosa pública, conviene reflexionar que el gobierno se conservó pagano hasta bajo las órdenes de los emperadores cristianos; que á escepcion de algunas leyes de derecho privado, la religion no dirigía los intereses públicos: que nunca en fin se halló un gran príncipe dotado de bastante energia ó de un talento sobradamente profundo que crease un nuevo régimen en conformidad con las verdaderas nociones de Dios y del hombre.

Por eso, aun cuando la sociedad civil y la sociedad religiosa parecieran reconciliadas, permanecían en el fondo tan opuestas y en tanta lucha como eran distintas en su origen y esencia. La nueva fé no había bajado del cielo solamente para los romanos á semejanza del Paladion y los ancilos, sino que abarcando todo el género humano en su justicia y en su caridad, sustituía el amor al sentimiento estrecho y limitado del patriotismo antiguo. Comprendían los cristianos, y no eran los únicos en abrigar este convencimiento, que para regenerar

el Estado no bastaba cambiar de costumbres y lenguaje, sino que convenia mudar tambien la direccion del gobierno; que este era el único recurso, no solo del imperio, sino de la sociedad, cuando ya los bárbaros combatían en las filas del ejército, gobernaban el Estado y á veces se sentaban sobre el trono. Lejos, pues, de deplorar la ruina de una sociedad que escluída toda otra, veían en la invasion de los godos (11) una estension de los derechos comunes, un rejuvenecimiento necesario, y en las rudas pruebas por las cuales pasaba Roma, el justo castigo de sus iniquidades sanguinarias.

No se avivaban, pues, en sus corazones el patriotismo egoísta y el odio contra todos los países: lejos de esto, hacían vibrar en los oídos de la nueva Babilonia las amenazas de los profetas contra la antigua. Comprendiendo que el triunfo de la verdad y la ley de la Providencia no habían de manifestarse sino á la caída de Roma, parecía como si se regocijaban de las tribulaciones de la ciudad terrena, que redundaban en gloria de la ciudad celeste. Este era para los gentiles asunto de graves acusaciones contra aquellos: alojábanse cada vez más los vínculos sociales, y resultaba de aquí un espíritu de persecucion y de desconfianza.

Ya las instituciones introducidas y las abolidas por el cristianismo habían causado la ruina de otras muchas. Reducidos quedaron los municipios á una condicion miserable tan luego como Constantino hubo aplicado sus bienes á las iglesias. Cesaron de ser el servicio militar y las magistraturas el único objeto de los fuertes y de los pensadores desde el momento en que los ocupaba el monasterio ó la escuela: las exenciones otorgadas al clero perjudicaban considerablemente los intereses de los seglares. Después, á la hora del peligro, caían en la exageracion cada uno de los dos bandos, ponían los unos toda su confianza en los mártires y en los milagros, y los otros en las ceremonias proscritas. En vez de buscar las razones presentes de los males, y sus remedios, no veían los cristianos más que una advertencia ó un castigo de Dios en ellos; al paso que los gentiles los atribuían á venganza de las desamparadas divinidades. Radagaiso devasta la Italia y se alegran los paganos, con la esperanza de que el culto de sus adversarios quedará sepultado bajo las ruinas: cuando Libanio implora del prefecto Icaro socorros contra el hambre y la epidemia que abruma á Antioquia, obtiene por respuesta que los aborrecidos de Dios no merecen mejor suerte (12).

(11) Conviene notar que los escritores eclesiásticos manifiestan otros sentimientos respecto de los hunos de Atila y de los vándalos de Genserico.

(12) Imposible parece describir de una manera más viva la decadencia del imperio que la que emplea Salviano. *De gub. Dei*, V, 5, 8. *Inter hac vastantur pauperes, viduae gemunt, orphani fraculantur, in tantum, ut multi eorum, et non obscuris natalibus editi, et liberaliter instituti, ad*

¿Qué vemos, pues, en Roma en sus últimos tiempos? Un fausto afeminado y enervante en el trono: usurpadores disputándose de continuo las provincias sin saberlas defender: los negocios públicos en manos de esclavos, de extranjeros y de eunucos: cortesanos que suscitan intrigas: obispos en pugna y cisma entre sí: generales bárbaros y soldados bárbaros en los ejércitos; decuriones obligados por la fuerza á desempeñar los gravísimos honores municipales: magistrados que procuran como en un naufragio salvar algún resto de poder y de riqueza, una plebe ignorante, sin costumbres, inerme, que agobiada por el infortunio, aguarda siempre del porvenir lo que este no puede darle; que derroca con odio, frecuentemente injusto, á aquellos á quienes ha encumbrado al trono con entusiasmo inconsiderado: una plebe, en fin, caída en aquella postración de ánimo, que nace de la servidumbre y de la persistencia de los males, que contempla impasible la desorganización de un estado de cosas que ni teme ni ama, que para sustraerse á los padecimientos que la asedian por todas partes, desea los desastres, graves pero transitorios, de la guerra.

Los bárbaros.—Con gente semejante se encontraban cara á cara los bárbaros numerosos, dotados de singular denuedo, animados de espíritu bélico, ricos de virtudes domésticas y de los vicios de la fuerza. Sus caudillos en la flor de sus años y elegidos únicamente por el mérito de sus personas,

hostes fugiant, ne persecutionis publicae afflictione moriantur, quarentes scilicet apud Barbaros romanam humanitatem, quia apud Romanos barbaram inhumanitatem ferre non possunt. Et quamvis ab his, ad quos confugiunt, discrepent lingua, ipso etiam, ut ita dicam, corpore atque indiciarum barbaricarum fetore dissentiant, malunt tamen in Barbaris pati cultum dissimilem, quam in Romanis injustitiam savientem. Itaque passim vel ad Gothos, vel ad Bagaudos, vel ad alios ubique dominantes Barbaros migrant, et commigrasse non paenitet: malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi. Itaque nomen civium romanorum, aliquando non solum magno aestimatum, sed magno emptum, nunc ultro repudiatur ac fugitur, nec vile tantum, sed etiam abominabile pene habetur. Equod esse majus testimonium romana iniquitatis potest, quam quod plerique et honesti, et nobiles, et quibus romanus status summo et splendori esse debuit et honori, ad hoc tamen romanae iniquitatis crudelitate compulsi sunt, ut nolint esse romani?

Y más abajo añade: *Ubi, aut in quibus sunt, nisi in Romanis tantum, haec mala? Quorum injustitia tanta, nisi nostra: Franci enim hoc scelus nesciunt; Hunni ab his sceleribus immunes sunt; nihil horum est apud Vandalos, nihil horum apud Gothos. Tam longe enim est; ut haec inter Gothos Barbari tolerent, ut ne Romani quidem, qui inter eos vivunt, ista patientur. Itaque unum illic Romanorum omnium votum est, ne unquam eos necesse sit in jus transire Romanorum; una et consentiens illic romanae plebis oratio, ut liceat eis vitam, quam agunt, agere cum Barbaris. Et miramur si non vincantur a nostris partibus Gothi, cum malint apud eos esse quam apud nos Romani. Itaque non solum transfugere ab eis ad nos fratres nostri omnino nolunt, sed, ut ad eos confugiant, nos relinquunt.*

contrastaban con los negligentes augustos; sus asambleas celebradas á campo raso, con las tenebrosas intrigas de los consejos romanos; sus ejércitos compuestos de soldados desnudos, intrépidos, con tropas compradas y enemigas de la disciplina. Aguijaba á los germanos el anhelo de adquirir una patria, y los romanos se cuidaban ya muy poco de defender la suya. Los primeros eran animados por una religión sanguinaria que recompensaba la cruel matanza con un paraíso; dividíanse los otros entre un culto anticuado y voluptuoso que perecía por instantes, y una fé nueva, cuyo reino no era de este mundo, y que enseñaba á presentar una megilla después de haber recibido una bofetada en la otra. Los germanos eran fuertes por la organización de sus tribus, los romanos débiles por haber muerto el patriotismo. Sencillo y rápido era el gobierno de los primeros; el de los otros se hallaba en manos de fiscales y leguleyos que, semejantes á los vampiros, solo tenían fuerza para chupar la sangre del pueblo. Entre los bárbaros las mujeres estimulaban el valor y las empresas: entre los romanos les apartaban de los negocios públicos: á veces hasta hacían traición á su país, como se cuenta que hicieron la mujer de Estilicon invitando á Alarico, Honoria conduciendo á Atila, y Eudoxia á Genserico.

Armas.—Roma no había podido proceder con los germanos de la misma manera que con las demás naciones de Europa, puesto que cuando vino á las manos con ellos, no eran ya todos los patrios quienes arrastraban en pos de su huella á la plebe en masa, sino algunos ambiciosos ó avaros; ya no se combatía por la patria, sino por el pensamiento de una monarquía universal. Hubieron, pues, de llevar la mejor parte los germanos; y si el pueblo de Marte hubiera querido retardar su caída, solamente lo alcanzara reanimando su elemento primitivo, esto es, la fuerza. Y esto se vió cuando estuvieron á la cabeza del imperio una serie de héroes, aguerridos en los campamentos, y encumbrados al trono por su bravura: pero los más, una vez vestida la púrpura, se despojaban de la coraza, ó agenos á todo otro arte que el de la guerra, abandonaban la administración en malas manos.

Por lo que hace á los ciudadanos, una vez estinguído el amor de la patria y el furor de la gloria ¿qué resorte podía ya impelerles á tomar las armas? Huía el pueblo bajo de ellas; é iba multiplicándose el número de los que se amputaban el dedo pulgar á fin de librarse (13). En un principio aquel que por sus méritos había conquistado el mando de las tropas, elegía sus oficiales, y enteramente consagrado á sus soldados, dividía con ellos las fatigas, las recompensas y la gloria. Si por este camino llegaba al consulado, reconocía debérselo á ellos, y al terminar sus funciones, volvía á servir como subalterno en las legiones de que había sido

(13) AMIANO MARCELINO, lib. XV.

jefe. Caída la república, quedó el emperador de general supremo, y los que mandaban los ejércitos, solamente fueron considerados como ejecutores de sus órdenes: él era quien vencía allí donde aquellos se distinguían con su brazo ó su pericia, él quien triunfaba, el quien añadía á su nombre el de los pueblos vencidos.

Nada, pues, estimulaba á emprender la peligrosa y no necesaria carrera de las armas; y mucho menos cuando Galieno prohibió á los senadores acudir á los ejércitos, quizá para impedir las frecuentes sediciones. Entonces los patricios se sumergieron en la ociosidad, y huyendo de Italia, fueron á ocultarse en Macedonia, Dalmacia, Tracia, para sustraerse á las dignidades y á la milicia, de mucho peso y escaso honor.

Rebajábase la disciplina, nervio de Roma, en el ejército reclutado por la fuerza, en medio de continuas sublevaciones, y para recompensar é impedir se veía el emperador en la necesidad de ceder á las exigencias caprichosas de la soldadesca. Si intentaba el príncipe trasladar todas las legiones á una lejana frontera, donde parecía necesario, desobedecían, prontas á proclamar agosto al primero que les prometiera reposo y liberalidades. Quejándose los soldados del peso de las armas, quisieron deponer primeramente la coraza y después el casco: preferían la comodidad de la caballería á la firmeza de la infantería, cesaron de fortificar á cada alto el campamento, y así espuestos sin defensa, no les quedaba más que el vergonzoso recurso de la fuga.

En aquella decadencia solo había desorden en el ejército, indisciplina en los romanos: era el resto bárbaros estipendiados; y los desertores instruían á los bárbaros. Casi no se tenían ya máquinas de guerra, de modo que en esto los romanos no eran superiores á los bárbaros.

Todo el cuidado de los emperadores reducíase á reprimirles, á cuyo fin no reclutaron más que bárbaros; subdividían el ejército y reinaba una especie de revolución administrativa. Singular documento es esta carta del emperador Valeriano:

«Hemos nombrado á Claudio tribuno de la V legión. Le suministrareis con cargo á nuestro tesoro particular el estipendio anual de 3,000 modios de trigo, 6,000 de cebada, 2,000 libras de tocino, 3,500 sextarios de vino, 150 de buen aceite, 600 de aceite de segunda clase, 30 modios de sal, 150 libras de cera: cuanto necesite de heno y paja, vinagre, frutas, legumbres; 300 pieles para la construcción de tiendas; seis mulas y tres caballos cada año, 10 camellos, nueve mulas, 50 libras de plata labrada, 150 zequies de oro y 47 para los aguinaldos con 160 trientes (1/3 del zequi).

«Le suministrareis 11 libras de botellas y de vasos para el vino, otras 12 de platos y marmitas, dos túnicas militares encarnadas, por año, y dos elámidas con adornos de seda, dos collares de plata dorada, uno de oro con la punta de cobre, un cinturón de plata dorada, un anillo con dos

pedras, un casco dorado, dos escudos incrustados de oro, una coraza que restituirá, dos lanzas hercúleas, dos javelinas cortas, dos hoces y otros cuatro para el heno, un cocinero que tendrá que devolver, dos mujeres hermosas escogidas entre las prisioneras, un vestido blanco de seda y lino y otro de púrpura, un jubón de púrpura de Mauritania, un secretario que tendrá que devolver, dos pares de cojines de Chipre para la mesa... dos cazadores, un carpintero, un intendente del pretorio, un aguador, un pescador, un pastelero, 1,000 libras de leña para el fuego, si le bastan: un bañero y la leña necesaria para el baño, etc.» (14)

Constantino conoció la necesidad de una monarquía regular, aunque sin freno: sin embargo, no tuvo suficiente voluntad ó bastante arte para poner en armonía los distintos elementos. No contento con atajar la insurrección debilitando la guardia pretoriana, y separando el poder que dirige del que ejecuta, dispersó las legiones que defendían el paso de los ríos, por las provincias, dejándolas de este modo espuestas á todos los peligros.

Costumbres.—Sus sucesores se abandonaron á la corrupción de una corte al estilo asiático, y los palacios en que albergaron su amenazada grandeza, se convirtieron en focos de intrigas, de procesos inicuos y de viles fealdades que substituyeron á las matanzas de los primeros césares. Rodeados de eunucos y cortesanos no aprendieron más que á engolfarse en una ociosidad voluptuosa: poco anhelantes de ver las cosas por sus propios ojos, ignoraron la administración y la guerra, las quejas y las necesidades de los pueblos, contentándose con los relatos que les hacía un confidente astuto, venal é intrigante.

Si á pesar de todo el deseo de pasar de la clase de los oprimidos á la de los opresores impulsaba todavía á algunos á abrazar el oficio de soldado, en el cual les era dado entrar á saco las provincias, y constreñir á los emperadores á hacerle pingües donativos, no aconteció lo mismo después de la época de Diocleciano. Entonces una severa disciplina redujo de nuevo el ejército á su verdadera índole de máquina obediente, si bien al mismo tiempo el fausto de la corte confería los títulos militares á gentes que nunca se habían señalado en los campos de batalla; solo habían prestado al príncipe servicios. Túvose, pues, por más cómodo intrigar en palacio que combatir en el campo, y forzoso fué recurrir á brazos extranjeros.

Ausiliares.—Roma sostuvo las primeras guerras con sus propias armas y con las de los pueblos vencidos, obligados á título de tributo á mantener cierto número de ginetes y de infantes, de bajeles y de marinos. Estos ausiliares obedecían á jefes de su nación, y aun cuando á veces fueran iguales en número y hasta superiores á los ejércitos romanos,

(14) TREC. POLL., Claud., 14.

perdían fuerza por ser reclutados en distintos pueblos, encontrarse aislados de las legiones y bajo las órdenes del general en jefe.

César fué el primero que tomó bárbaros á sueldo: Augusto imitó y extendió su ejemplo, introduciéndolos para su seguridad personal en las filas de la guardia pretoriana. Andando el tiempo se halló agotada de fuerzas Italia, y los aliados quedaron reducidos á provinciales y privados del uso de las armas: hubo, pues, necesidad de recurrir á los bárbaros. En virtud de la constitucion de su banda guerrera los germanos, raza robusta y aguerrida, ponían gustosos su valor al servicio del extranjero, contentándose con una escasa racion y un módico salario. Fueron de consiguiente preferidos por los emperadores, á quienes parecia más sumamente ventajoso diezmar por este medio á aquellos formidables enemigos.

Pero la tiranía acaba por suicidarse. Escluyendo de los ejércitos á los provinciales y á los ciudadanos, se separaba la fuerza del interés de emplearla; se obtenía momentáneamente el reposo, pero se estinguía la bravura, al propio tiempo que se hacia más temible el enemigo, añadiendo la disciplina á su natural denuedo.

Pareció que al estender Caracalla los derechos de ciudadanía á todo el imperio, hubiera debido despertar en el corazon de los provinciales el espíritu belicoso, adormecido por la conquista; pero constantes rebeliones disuadieron á sus sucesores de hacer guerreros á los ciudadanos, y más de un emperador tuvo á ventura eximir á los provinciales de la milicia, mediante un tributo que le servia para satisfacer su sueldo á los germanos.

Estos, inferiores en un principio en número á las legiones, fueron mantenidos dentro de los límites de la subordinacion con facilidad suma, si bien en breve ocuparon asimismo un puesto en las filas privilegiadas de los legionarios: con posterioridad no asalariaba ya solamente el imperio á bandas, sino á poblaciones enteras: socorros pèrdidos, puesto que en el momento crítico se negaban aquéllos auxiliares á esgrimir las espadas contra sus propios hermanos. Llenos de codicia preferian el saqueo al combate. Caprichosos, obligaban al general á presentar batalla cabalmente cuando y donde menos convenia. Por último, volvian sus armas contra sus mismos jefes.

Cuando estuvieron los ejércitos formados de este modo, se confió asimismo á los bárbaros el mando, los que por este medio llegaron á las más altas magistraturas y hasta al consulado. Roma sacó de entre los bárbaros insignes capitanes, pero como no les guiaba el amor de la patria, ni aquel celo que engendra el valor verdadero, sino mas bien el deseo de adquirir riquezas y grados, ó rivalidades ambiciosas, daban consejos opuestos á lo conveniente. Rufino ponía en movimiento á los vándalos y á los godos para contrariar los proyectos de Estilicon: éste dejó que se escaparan los godos para continuar siendo necesario. Aecio no

estermínó á Atila, para impedir el engrandecimiento de Turismundo. De consiguiente los emperadores no confiaban enteramente en aquellos héroes asalariados, y los cortesanos envidiaban y aborrecían esa gente poderosa tan solo en virtud de su espada. Sentíase ofendida la vanidad latina de la superioridad de aquellos á quienes seguía llamando bárbaros, y Estilicon, Aecio, Romano, Nigidio, caían bajo el puñal de astutos eunucos ó de afeinados rivales.

Y sin embargo, el único remedio á la extrema ruina del imperio hubiera sido el fundir á los romanos con los godos, segun habian intentado realizarlo algunos emperadores precedentes. Esta raza, á la cual no habian enervado los vicios de la civilizacion, y capaz de recibir sus ventajas, como se vió en las comarcas donde se estableciera, quizá hubiera renovado el arruinado imperio, ó al menos los hubiera defendido contra nuevas invasiones. Pero por un lado se opuso á ello la antipatia nacional, aumentada por los disentimientos religiosos y por otro lado una política desleal, para la cual consistía la habilidad y sagacidad en sembrar la discordia entre los pueblos acometedores, irritaba á los godos con la violacion de los tratados, con torpes traiciones y hacia imposible toda honrosa avenencia.

Disgustados estos volvian sus armas contra aquellos á quienes habian defendido antes. De retorno entre los suyos revelaban las riquezas y las delicias de las comarcas sometidas á la dominacion de Roma, así como la facilidad de enseñorearse de ellas. Muchos soldados de Níger, proscritos por Severo, se refugiaron entre los partos, y les enseñaron á fabricar y usar armas iguales á las de los romanos.

Ya no tenia que lidiar Roma, como en sus otras guerras fuera de Italia, con enemigos reunidos bajo una federacion ó monarquia, de acuerdo por lo mismo en la empresa, y los que destrozada la cabeza quedaban abatidos, lo cual permitia á Roma reparar sus pérdidas mientras la paz duraba. La Germania estaba dividida entre cien pueblos, á quienes no unia para una empresa comun ningun lazo ni interés alguno. Apenas las águilas latinas habian clavado en uno sus garras, cuando se presentaba otro con íntegras fuerzas y un método de guerra diferente. Puede, pues, decirse, que en el trascurso de cuatro siglos, hubo continuamente desde Basilea hasta la embocadura del Rhin y del Danubio abiertas hostilidades ó una paz armada, que las guerras produjeran otra ventaja que rechazar el ataque.

Ahora bien, ¿de qué podian servir barreras levantadas por la naturaleza ó por la mano del hombre, cuando los bárbaros embestian al imperio por todas partes, ora en virtud de su aficion característica á las aventuras y á los peligros, ora á consecuencia de su sed de botin, de venganza, ó por impulso de otros bárbaros, ó para acudir al llamamiento de algun ambicioso?

Incapaces de resistir con las armas los hijos de aquel Camilo, que anhelaba que su patria debiera su salvacion al hierro y no al oro, apaciguan al enemigo á costa de dinero, al principio cohonestado con el nombre de sueldo, después exigido abiertamente como tributo; deplorable medio de obtener la paz, puesto que agotaba al imperio y le hacia oprimir á sus súbditos, mientras que los enemigos se rehacian para volver más fuertes y con nuevas pretensiones, después de haber perdido el respeto que inspira una nacion no domable sino tras una larga resistencia.

Si el sueldo era diferido ó negado, acudían los bárbaros á reclamarlo con la espada, con mucha más audacia en razon de que los provinciales perdían de día en día la costumbre de manejar las armas. Cuando fué invadida la Italia, no se encontró á nadie que opusiera resistencia. Estilicon ofreció dos monedas de oro á cada esclavo que se alistara, al paso que su socorro no se admitia en otros tiempos, sino solo en el caso de urgentísimos peligros: ciudades fortificadas y henchidas de gente apenas resistieron algunos instantes á bandas de salteadores que ignoraban el arte de los asedios y eran incapaces de perseverar en una empresa.

Una vez llegadas las cosas á tal extremo, dos hechos retardaron la disolucion de la sociedad romana: la irrupcion de los hunos y la division del imperio. Contuvo la primera el impetu de los germanos, obligados á hacer cara al enemigo para proveer á su defensa, si bien cuando los hunos se dirigieron tambien sobre Italia, les ayudaron á descargar allí el último golpe.

La division hecha por Diocleciano, preparó pronto socorro contra los amenazadores vecinos, y terminó las insurrecciones de los soldados, atendido á que hubieron de mantenerse recíprocamente en la obediencia, cuatro ejércitos y cuatro prefectos del pretorio. Pero con esto se aumentaron considerablemente los gastos de las córtes, no modestas, como en tiempo de Augusto, sino émulas del fausto persa: faltó armonia á las fuerzas militares, y la que más padeció por ello fué Italia, al dejar de ser cabeza y corazon de aquel gigantesco cuerpo.

Italia tuvo peor perjuicio cuando Constantino trasladó su residencia al Bósforo, porque perdió los privilegios que hasta entonces habia disfrutado como tierra soberana: hallóse gravada con los impuestos comunes cabalmente cuando cesaron de afluir á su seno los del mundo entero. La emigracion de los ricos y las rapaces correrias de los bárbaros dejaban despobladas sus ciudades, sin frutos los campos, que de jardines de los grandes, como eran antes, se convirtieron en indefenso lecho de los rios, en asilo de fieras y ladrones.

De que la traslacion de la capital fué propicia á la duracion del imperio, lo atestiguan los diez siglos que sobrevivió Constantinopla; pero entre los dos metrópolis del mundo Roma veia con despecho dividida su diadema, y como iban á hermosear la

nueva ciudad sus riquezas y sus ornamentos. Constantinopla se indignaba que todavía aspirara Roma á la supremacia. Junto al Tíber recogía la aristocracia en su seno los residuos del paganismo: en las orillas del Bósforo corria sangre en virtud de las disensiones cristianas: ambas ciudades parecia que se regocijaban de sus recíprocos peligros: á veces hasta dirigía una de ellas enemigos contra la otra, ora por atender á su propia salvacion, ora por rencores.

A medida, pues, que se aumentaban los peligros, iban en disminucion los medios de conjurarlos: toda provincia invadida por los bárbaros cesaba de suministrar géneros y hombres al imperio. Así como la sangre se retira hácia el corazon cuando va á faltar la vida, del mismo modo retira Roma de las fronteras las guarniciones y los magistrados, abandonando las provincias á los invasores y á sí propias. Entonces queda roto el único vínculo que unia los municipios á Roma, y todos se segregan sin pensar en el bien del cuerpo á que habian estado juntos, aunque no unidos.

Algun emperador concibió el reanimar el patriotismo aventurando en aquella desorganizacion algun elemento de libertad. Se restituyó á los súbditos el derecho de poseer armas (15), derecho que les habia arrebatado el suspicaz Augusto: Graciano exhortó á las provincias á formar asambleas, prohibiendo á todo magistrado oponerles obstáculos ó retardar las discusiones sobre materias de interés público (16), Honorio hasta pensó en una especie de gobierno federativo, que reuniese los intereses divididos (17), pero no se aprovecharon de ella ciudad ni provincia alguna: tanto repugnaba la union al sentimiento enteramente local de aquella sociedad. Estrechándose, pues, donde quiera en sí mismos hombres y corporaciones, no quedó nadie para defender el imperio, que agitaron los bárbaros á su antojo como un juguete, hasta que resolvieron hacerle pedazos. De sus escombros debia nacer la Europa moderna, y cuando se medita sobre su grandeza, se siente el hombre llevado á lo infinito, que es el secreto de las grandes é instructivas melancolias.

(15) *De jure armorum reddito.* Constit. de Valentiniano III, del 440. *Singulos universosque nostro munemus edicto, ut romani roboris confidentia, ex animo quo debent propria defensare cum suis adversus hostes, si vis exegerit, salva disciplina publica, servatque ingenuitatis modestia, quiva potuerint armis, nostrasque provincias de fortunis proprias fidei conspiratione et juncto umbone tueantur.*

(16) *Sive integra diacesis in commune consuluerit, sive singula inter se voluerint provincia convenire, nullius judicis potestate tractatus utilitati eorum congruus differatur; neve provincia rector, ac praesidens vicaria potestati, aut ipsa etiam praefectura decretum aestimet requirendum.* Del 382. *Cod. Teod.*, XII, 42, l. 9.

(17) Ley del año 418.